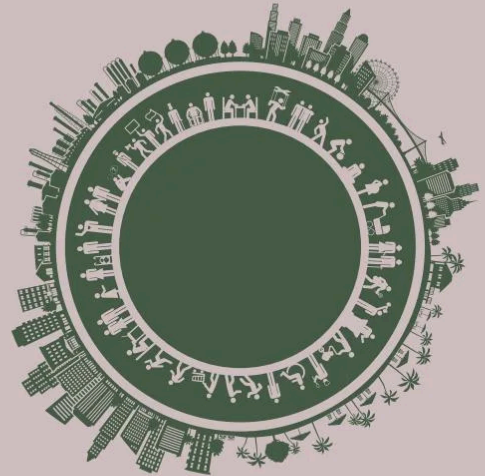


HABITAR LA COMPLEJIDAD:

PENSAR CON OTROS PARA CONSTRUIR ENTRE TODOS



Gonzalo Alberto Pérez-Presidente Grupo Sura

Universidad EAFIT

CÁTEDRA INAUGURAL - POSGRADOS

Martes, 3 de agosto de 2021



Gonzalo Alberto Pérez - Presidente Grupo Sura

Universidad EAFIT

CÁTEDRA INAUGURAL - POSGRADOS

Martes, 3 de agosto de 2021

HABITAR LA COMPLEJIDAD: PENSAR CON OTROS PARA CONSTRUIR ENTRE TODOS

Pérez, Gonzalo Alberto, 1958-

Habitar la complejidad: pensar en otros para construir entre todos / Gonzalo Alberto Pérez. – Medellín: Editorial EAFIT, 2021
24 p.; 21 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT)

ISBN 978-958-720-727-9

1. Pérez, Gonzalo Alberto, 1958 - Proclamas y discursos. 2. Responsabilidad profesional. I. Tít. II. Serie

378.015 cd 23 ed.
P438

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Habitar la complejidad: pensar con otros para construir entre todos

Primera edición: agosto de 2021

© Gonzalo Alberto Pérez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Portal de libros: <https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial/index>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

Edición: Claudia Ivonne Giraldo G.

Diseño: Alina Giraldo Yépes

ISBN: 978-958-720-727-9

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Buenas tardes.

Un afectuoso saludo a los miembros del Consejo Superior de la Universidad EAFIT, a los vicerrectores, a los decanos de las distintas Escuelas, a los jefes de posgrado y especialmente a la rectora, Claudia Restrepo, quien amablemente me ha extendido esta invitación. Así mismo, saludo a quienes nos acompañan hoy presencialmente y a los que están conectados desde la virtualidad. Es para mí un honor y una responsabilidad compartir con ustedes algunas reflexiones en este ritual de iniciación como estudiantes de posgrado.

No soy amigo de la primera persona del singular al momento de expresarme; intento hacerlo desde una mirada colectiva, plural, que construye sentido en la interacción con otros. Precisamente por esto, les propongo tener una aproximación a las ideas que aquí se plantean, entendiendo que son la suma de experiencias, lecturas y visiones compartidas, recogidas a lo largo de los años.

En principio, quiero plantearles una pregunta como detonante para los temas que abordaremos en este encuentro: ¿cuál es la razón que hoy los motiva para iniciar su formación en estas especializaciones, maestrías y doctorados? Las respuestas serán múltiples y tendrán diferentes aristas. Por ejemplo: por la

necesidad de profundizar en un área del conocimiento; por la cualificación de su formación profesional; por el interés de tener un mejor empleo; por puro placer de poner en práctica su actitud estudiosa frente a la vida. En fin, sin duda todas estas motivaciones son legítimas y confiemos que en el futuro esta decisión de volver a la Universidad, que exige tiempo, dedicación y compromiso, contribuya a cumplir el objetivo fijado por cada uno de ustedes.

Ahora bien, para complementar esas motivaciones individuales, los invito a profundizar en la forma como estamos asumiendo nuestro rol como parte de una sociedad del conocimiento. Independientemente de sus áreas de interés particulares, volvamos a pensar en cuál es el sentido y el propósito de nuestras preguntas esenciales como personas, como colectivo, como humanidad, en un mundo que, aparentemente, está cada vez más conectado. Hoy no es posible decir nosotros sin aludir a los "otros" como parte fundamental. Y aunque parezca un juego de palabras, nosotros somos los otros de los otros.

En este siglo XXI, marcado por múltiples transformaciones sociales, culturales, económicas, institucionales, políticas y medioambientales, vale la pena revisar cómo estamos abordando desde el conocimiento los retos que nos impone la realidad. Y para hacerlo, les propongo que miremos diversas perspectivas.

El planteamiento inicial está basado en Edgar Morin, quien en su teoría del pensamiento complejo nos dice que los seres humanos tenemos la responsabilidad de leer el mundo y de habitarlo desde diversos tiempos y espacios locales y globales, y esto conlleva a la multiplicidad de cono-

cimientos y de saberes. Implica, además, ser capaces de desarrollar un pensamiento policéntrico que nos haga conscientes de la unidad en la diversidad, de considerar distintas dimensiones para comprender nuestro mundo.

Mientras compartimos ideas en este recinto, decisiones y acciones que se llevan a cabo en otros espacios tienen que ver con nosotros, nos afectan. Vivimos en una casa de ventanas siempre abiertas que nos comunican con el entorno, más allá de la primera mirada.

Lo anterior nos plantea a todos un desafío frente a la pertinencia del conocimiento que buscamos aprender como individuos, pero también como ciudadanos, ya no de Antioquia y de Colombia, sino del mundo. Me refiero al enorme reto de obtener las competencias y las habilidades suficientes para leer el contexto, entenderlo y escucharlo a escala planetaria, a la escala de la sociedad del conocimiento.

Y este desafío, sin duda, toma más relevancia en la actualidad con las avalanchas de información y de saberes fragmentarios y aislados que se reproducen en un mundo que, a pesar de estar hiperconectado, está a su vez polarizado e intoxicado por la desinformación organizada y, por ende, dividido.

En este entorno es inevitable reconocer que el acercamiento que tenemos a un conocimiento profundo es limitado, quizás ruidoso, por decirlo de alguna manera; lleno de enjambres vertiginosos que nos dificultan la construcción de un criterio propio. Permítanme decirlo de este modo: en Colombia nos hace falta comprensión de lectura. Y comprensión. Y también lectura.

Así las cosas, ¿estamos realmente dispuestos a tomar una pausa ante esta situación para revisar con



autocrítica la manera en que habitamos el mundo? Volvamos a Morin, quien dos décadas atrás en su ensayo *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, nos dice : “Lo que agrava la dificultad de conocer nuestro mundo es el modo de pensamiento que ha atrofiado en nosotros, en vez de desarrollarla, la aptitud de contextualizar y globalizar, mientras que la exigencia de la era planetaria es pensar la globalidad, la relación todo-partes, su multidimensionalidad, su complejidad”.

Todas las dimensiones de nuestra vida, como personas, como sociedad, como humanidad, están interrelacionadas y se sustentan entre sí; no existen las unas sin las otras. Por eso el llamado para ustedes es a entender que, como nos lo ha revelado la pandemia, al tiempo que es necesario profundizar en áreas del conocimiento particulares, ahora también es un imperativo ético pensar en las conexiones entre distintos saberes especializados y su aplicabilidad en un entorno en permanente cambio. Ustedes emprenden un camino para dominar un campo del conocimiento, pero la mirada de lo específico no debe impedirles mirar el todo. El aprendizaje hiperspecializado por disciplinas, si bien es necesario, no nos puede desvincular de comunidades de conocimiento integradas y mucho más amplias; solo así será posible concebir otro desarrollo más humano para el planeta.

En este sentido Edgar Morin, en su libro más reciente, *Cambiamos de vía*, reflexiona –en la lucidez de sus cien años de vida– sobre las lecciones de esta última pandemia; nos da luces de cómo orientar el desarrollo basados en el reconocimiento de múltiples problemas como comunidad planetaria, pero también con el planteamiento de diversas oportunidades. Por ejemplo, nos invita a sustituir la que llama “hegemonía de la cantidad por la hegemonía de la calidad”, es decir, cambiar “la obsesión de más,

por la obsesión de mejor”. Y debemos agregar que debe ser para todos y sin discriminación.

También nos sugiere Morin reformar la globalización con la expansión de “una conciencia de comunidad de destino compartido en toda la humanidad”. Esta es una premisa que nos propone un compromiso genuino con todo lo que genera bienestar, salud y libertad, en unión con todo aquello que protege a las comunidades. En suma, la invitación que nos hace es a regenerar un humanismo planetario.

Y esto da pie para hacerles otra invitación: reconsideremos desde un entendimiento común el concepto de desarrollo, comprendido como la búsqueda de caminos y acuerdos colectivos de transformación, que ponga en el centro el sentido de comunidad, y nos impulse a disminuir las desigualdades y habilitar nuevas oportunidades con equidad; un desarrollo que conjugue lo global y lo local; un desarrollo que fortalezca el tejido social y el bien común; un desarrollo que preserve las instituciones democráticas y nos obligue a pensar en el planeta y en el medio ambiente. Como apreciamos, se trata de un desarrollo que no sea solo medido con el rasero del crecimiento o disminución del capital económico.

La realidad, apabullante y constante, nos arroja cifras que no podemos dejar de mirar si queremos que cambie lo que debe cambiar. Vivimos en uno de los países más inequitativos del continente, donde la desigualdad está no solo en las estadísticas, sino ante nuestros ojos.

En el último reporte de la encuesta Pulso Social, a junio pasado, el DANE señala que cuatro de cada diez hogares en Colombia pasaron de tres a dos comidas diarias en comparación con lo que vivieron un año atrás. Ante esta alarma, urge considerar que cuando tenemos la oportunidad de estudiar, cuando sabemos más, también tenemos el compromiso de buscar maneras para

cambiar esta dolorosa realidad, sea cual sea el campo del conocimiento en el que se quiera profundizar.

A esta invitación la precede una reflexión colectiva y en coherencia con el pensamiento complejo. Y aquí nos referimos al concepto del desarrollo armónico de la sociedad, que se genera cuando existe un equilibrio y un balance en las relaciones de interdependencia entre los diferentes actores de la sociedad y que, en esas condiciones, garantiza que aumente el bienestar tanto del conjunto como de cada uno de los actores en el presente y en el futuro, sin afectar el bienestar de otros.

Con ese entendimiento, no hablamos en vano del desarrollo armónico como el único camino posible que tenemos, y no solo como personas o empresas, sino como sociedad, como ciudadanía global. Hacia allá debemos orientar nuestra brújula, un propósito que implica reconocer y hacernos corresponsables ante imperativos comunes. Es preciso, entonces, que cada uno de nosotros en conjunto con la universidad, y no de manera aislada, sino en intersección con el sector privado, el Estado y demás organizaciones de la sociedad, nos comprometamos a revisar la inversión y las acciones concretas que estamos haciendo como país y como región para el crecimiento de otros capitales, además del económico, y que son especialmente relevantes: el intelectual, el humano, el social y el natural.

En relación con el capital intelectual, ahora justamente cuando estamos en una institución de educación superior, enfatizamos en la urgente necesidad de conservar y promover entornos donde la capacidad de relacionarnos desde la curiosidad y las preguntas pueda ser nutrida e incentivada. Démonos el permiso de la reinención permanente y esto implica, sin duda, un pensamiento crítico, un pensamiento que amplíe los márgenes, un pensamiento que desarrolle un conocimiento propio y aplicado, que sea el

sustrato para responder a los desafíos que compartimos como sociedad. Tal como lo sugirió en el 2019 la Misión de Sabios para el avance de la ciencia, la tecnología y la innovación en Colombia, hoy requerimos que el conocimiento y la educación se conviertan en la base prioritaria del desarrollo.

Advierte la Misión de Sabios que estamos ante tres retos: *Una Colombia biodiversa*, y allí propone identificar, conocer, documentar y aprovechar la diversidad cultural y natural del país para impulsar la bioeconomía y la economía creativa; el segundo reto nos ubica en *Una Colombia productiva y sostenible*, que busca modificar la estructura productiva del país hacia industrias y servicios con alto contenido tecnológico, empresas que incorporen la economía circular, mediante el máximo aprovechamiento de residuos y amplíen su sostenibilidad ambiental; el tercer reto, de igual importancia que los anteriores, es *Una Colombia equitativa* para que amplias capas de la población mejoren sus niveles de educación y de salud, al tiempo que afiancen su identidad cultural, integrándose así al crecimiento económico y al desarrollo humano y sostenible con equidad.

Son tres retos para tres “Colombias” que son una misma, en los que el conocimiento resulta indispensable para afrontar esos desafíos.

Ahora, dicho conocimiento propio aplicado no puede ser una responsabilidad exclusiva de la universidad, los centros de investigación y los tanques de pensamiento. Hoy es crucial que desde diferentes lugares y actores se valoren y posibiliten espacios de cooperación, donde ese conocimiento se convierta en un factor diferencial de cada uno de nosotros como personas, como país, como región. En las circunstancias actuales, el aprendizaje continuo a lo largo de la vida y la capacidad de investigación son

la base de nuestra competitividad. Esto es, justamente, lo que cultiva el capital intelectual.

Ahondemos un poco en la diversidad de áreas del conocimiento aplicado. Hoy la técnica, la medición a través de *big data* y distintos modelos matemáticos y científicos, han dado lugar a tecnologías exponenciales y evoluciones como la inteligencia artificial, la robótica, la biotecnología y la neurociencia; pero, no podemos renunciar a que cada una de esos avances estén al servicio del ser humano, y entender que ese ser humano no solo se moviliza por la capacidad racional, sino que también se moviliza por sus construcciones de sentido hechas a partir de las ciencias sociales y de las artes.

Vuelvo otra vez a la Misión de Sabios del 2019, que declaró la necesidad de elevar el entendimiento de las artes y las humanidades al nivel de las ciencias exactas. De esto precisamente se trata esta insinuación. No olvidemos que, en los momentos de mayor crisis, han sido estas expresiones culturales diversas y las humanidades, las que nos han brindado solaz y han despertado nuestra sensibilidad frente al otro y frente al planeta.

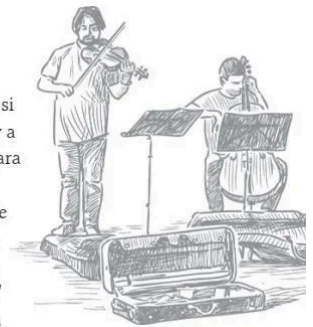
Es justo el reconocimiento a la fuerza sensible y poderosa del arte en todas sus manifestaciones lo que nos ayudó a sobrevivir al confinamiento inesperado que llegó con la pandemia. Seguramente algunos de ustedes se interesarán en explicarnos y testimoniar diversas interpretaciones sobre lo que hemos vivido en estos últimos tiempos, de la misma manera que otros autores lo han hecho desde la literatura, el ensayo, el teatro y otros ámbitos. También está la música: ¿cuántas veces recurrimos a ella en estos meses para serenarnos, para alegrarnos, para recordar a un ser querido que perdimos o para simplemente sentirnos mejor? Y así tantas otras expresiones que han sido, no solo en esta coyuntura, medicina y compañía a la vez. El arte es el asilo de nuestra

alma colectiva. No creo equivocarme si les digo que personas sensibles al arte y a la cultura tienen un camino abonado para ser mejores ciudadanos.

Es en la conjunción de saberes de distintas áreas como podemos enriquecer el conocimiento propio aplicado. Bien lo expresa en su texto *El sueño de la razón* el sociólogo y periodista mexicano Juan Villoro, quien reflexiona en clave de presente y futuro sobre lo escrito por Morin dos décadas atrás: “A pesar de la relevancia que puede tener, la filosofía es eliminada de los estudios de bachillerato y las disciplinas humanísticas pasan trabajos para sobrevivir en las universidades. El desarrollismo y las miras de corto plazo que imperan en la mayoría de las sociedades privilegia las disciplinas técnicas y las ciencias aplicadas. Se trata de saberes necesarios pero, sin la mirada humanista, se pierde la relación entre ellos”. Y esto mismo se podría decir de la historia, que no puede separarse de la geografía, de la ciencia o la antropología, como un saber connatural a nuestra formación dentro y fuera de las aulas, en los libros y en las conversaciones cotidianas.

No podemos caer en la trampa de creer que por encontrarnos inmersos en la sociedad más informada de la historia y más medida en cifras y datos, las soluciones pueden aplicarse como recetas de fácil preparación. En esta sociedad aún adolecemos de las comprensiones suficientes para ser relevantes en el presente y ser audaces frente a lo que proponemos como futuro.

Amartya Sen, premio nobel de Economía, argumenta que el desarrollo no es una cuestión de aumento de la renta o la riqueza, sino una progresiva ampliación de las capacidades humanas, que



permite a las personas gozar de libertad suficiente para llevar a cabo aquellos proyectos de vida que valoran. Es hacia allá que proponemos el sentido del desarrollo que es necesario para estos días y el tiempo por venir.

Para que esa comprensión del desarrollo esté conectada con un conocimiento amplio, comprensivo y aplicado, se hace necesario construir dinámicas de información, investigación, debate y análisis crítico –desde diferentes áreas y redes colaborativas– para cultivar un capital intelectual en sociedades que piensan, se incomodan y generan nuevas prácticas de vida y comportamiento.

Pasemos ahora al capital humano, que está asociado al sentido de urgencia que hoy nos interpela para entender nuestro sentido comunitario, nuestro interés común. Se trata de cómo despertar y ampliar nuestra conciencia propia siempre en relación con otro diferente a mí. Vuelvo a Morin: en *Cambiamos de vía* nos invita a una política de la humanidad que debería movilizar no solo recursos materiales, sino también, insisto, una conciencia de sentido compartido. Y esto toma relevancia frente a los desastres que hoy nos acontecen como humanidad en asuntos sustanciales que la pandemia ha acentuado mucho más.

Para no ir muy lejos, ya es una señal crítica que Latinoamérica sea actualmente la región del planeta más afectada por el covid-19 en términos sanitarios y económicos, como lo acaba de concluir la CEPAL en su más reciente reporte. Y esto tiene en cuenta que de los más de 4,2 millones de personas que han fallecido por la pandemia en el mundo, más de una tercera parte ha sido en América Latina, donde los registros dan cuenta de más de 1,3 millones de personas muertas. También es muy preocupante que la misma CEPAL contabiliza que una tercera parte de la población de la

región vive en la pobreza, es decir, unas 209 millones de personas, que equivale a cuatro veces los habitantes de Colombia.

También nos debe cuestionar que en nuestro país una cuarta parte de los jóvenes entre los 18 y 26 años ni estudian ni trabajan. Los llamados “ninis”, según datos oficiales, suman más de 2,5 millones, jóvenes sin certezas ni oportunidades que, por ausencia de formación y conocimientos pertinentes, están más expuestos a la pobreza y a la informalidad laboral.

Estas dos realidades y la que señalé antes frente a la alimentación, y muchas otras que vemos a diario, nos evidencian la necesidad de acciones articuladas entre los diversos actores de la sociedad para encargarnos, desde las posibilidades de cada uno, del cuidado y desarrollo de este capital humano.

En este contexto, les reitero la invitación a pensar en su área de conocimiento, con una mirada holística. Es momento de darnos la oportunidad de cierta irreverencia desde varios niveles: pasar de la matriz de conservación de nuestras ideas y estructuras, a construir matrices de cambio; forzarnos permanentemente a buscar lo adecuado para todos; cuidar y proteger lo que debe permanecer, así como abordar con sentido de urgencia los problemas que tenemos entre manos.

Lo anterior conlleva al desarrollo de una actitud crítica y propositiva, capaz de pasar de la queja y el lamento a la decisión y a la acción. Nuevos tiempos necesitan de nuevos liderazgos capaces de recuperar algo que, por momentos, parece perdido: la inspiración. Y el poder de la inspiración nunca debe subestimarse. Es un motor que hace posible la transformación de la realidad.

Claramente lo anterior nos invita a pensar en el capital social que podemos constituir como seres pensantes y con uso de lenguaje. Se trata de ese entramado de redes y relaciones basadas

en la confianza y en entendimientos comunes, que facilitan la cooperación en beneficio mutuo.

La cooperación, dice el historiador y filósofo israelí Yuval Noah Harari, nace de la confianza que encuentran dos desconocidos al creer en una misma historia. Esa historia compartida es la que hace posible el objetivo común, alcanzar el acuerdo, un elemento sustancial para que una comunidad pueda avanzar hacia nuevos niveles de bienestar.

Al respecto, tengamos en cuenta que el relato que nos une es identitario, es decir, nos asumimos y describimos como colombianos, como latinoamericanos; por tanto, tenemos un pasado relativamente común y esto nos ubica también en el terreno de un futuro compartido, que solo es posible desde todas las diferencias que nos configuran y definen. Las identidades son como las raíces de un árbol, tienen múltiples ramificaciones. Las responsabilidades individuales tienen, así mismo, implicaciones colectivas.

Y esto nos lleva obligatoriamente a revisar nuestro rol como ciudadanos, como parte de un sistema organizado e interrelacionado. Los invito a pensarlo así: la ciudadanía es, a fin de cuentas, un mínimo de humanidad compartida. Cuando decimos que alguien es ciudadano, pensamos en aquel que respeta unos asuntos básicos, que genera una confianza. Ser ciudadano es respetar los derechos de los demás, ser ciudadano implica estar a favor de los procesos colectivos. Ciudadano es el que se asocia, se organiza con otros y emprende acciones colectivas en torno a objetivos y tareas por el interés general. El ciudadano encuentra en valores como la tolerancia y en el reconocimiento de la pluralidad, los cimientos del territorio común en que se construye una sociedad.

Para hablar de ciudadanía, vale la pena evidenciar las diferentes maneras en que los seres humanos resuelven los asuntos colec-

tivos; para ello se requiere escuchar al otro con absoluto respeto y comprensión de las diferencias de cada contexto y situación. El diálogo y la conversación son el insumo para entender lo que implica ser ciudadano hoy, en un mundo que se transforma día a día, que encara debates éticos, políticos, sociales y económicos, desde lo individual y lo colectivo. Es vital mantener y propiciar una conversación abierta, cercana y pertinente, que nos invite a conocer los desafíos contemporáneos, a crear conjuntamente oportunidades sociales y a potenciar el conocimiento de aliados y expertos.

Precisamente, ustedes como estudiantes de posgrado, y cada uno de los tanques de pensamiento y de las instituciones comprometidas con este capital social, deberíamos posibilitar y abrir conversaciones permanentes, que sean generadoras de conocimiento para comprender los fenómenos y las problemáticas que compartimos; para diseñar y ejecutar acciones colectivas; para construir una ciudadanía capaz, formada, informada y participativa; para fortalecer los sistemas democráticos estables y efectivos; para incidir en las dinámicas públicas y promover una cultura basada en la cooperación y la confianza.

Y eso toma más relevancia cuando el interés por la democracia y por la formación de la ciudadanía parece ir en declive en nuestra región. En América Latina hay una percepción creciente de desencanto con lo público y su relación con las personas que, sin duda alguna, afecta el desarrollo de nuestras sociedades. Países en los que las instituciones pierden credibilidad y percepción de valor por parte de la ciudadanía, son territorios que abren una honda brecha que mina la confianza y desestimula la participación. Esta realidad limita la colaboración entre sectores, la creación entre diversidades, la posibilidad de reunir distintas miradas para encontrar soluciones conjuntas a nuestros retos.

Por tanto, debemos revisar la forma como hemos asumido nuestro rol social; nuestra capacidad de tomar decisiones acertadas como colectividad. No podemos seguir poniendo el problema en otros: los políticos, los profesores, los líderes empresariales, los jóvenes, en fin. Hoy necesitamos entender la necesidad de crear valor público desde todos los ámbitos posibles, es decir, generar un impacto positivo en asuntos de interés común en la sociedad, más allá de los intereses particulares de una organización frente a su relacionamiento con el entorno. Y esto es posible si cada uno de nosotros asume un compromiso para crear, pensar y movilizar la sociedad.

Lo último que necesitamos son interlocutores obedientes y sin argumentos. Estudiar un posgrado, precisamente, debe darnos nuevas estructuras mentales, un nuevo lenguaje, nuevas visiones, que nos ayuden a entender desde la diferencia y nos inviten al debate plural y argumentado.

La puesta en marcha de este compromiso no es nada menos que el ejercicio de la ciudadanía, aquella que debemos practicar como individuos, como colectivos de trabajo, empresas, sectores y como sociedad. No podemos pensar en una sociedad democrática si en ella no existe la consciencia de nuestros derechos y de nuestras obligaciones, puestas de manifiesto en la posibilidad del debate, del conocimiento colectivo y de la interlocución entre distintos.

Este que proponemos es un escenario incómodo. Y lo es porque nos invita a confrontar nuestros marcos de pensamiento al facilitar y pedir que los demás nos desafíen intelectualmente.

Cuando estamos abiertos al permanente reto intelectual, crecemos como individuos y aportamos al crecimiento de la colectividad. Así que bienvenida la incomodidad,



- [16] -

esa que nos empuja a leer más, a investigar, a darle un soporte más fuerte a nuestras ideas y hace posible desechar algunas concepciones para abrazar nuevas miradas, fruto del debate crítico, del aprendizaje y de la revisión continua de nuestras posturas.

Y aquí nos detenemos en otra consideración: la violencia es el fracaso de la inteligencia. Por eso estamos llamados a encontrar en la palabra, en la conversación, argumentada y sensible, informada y atenta, la vía para resolver y superar las dificultades cotidianas y estructurales. La paz empieza por el lenguaje, y no hablo solo de paz en términos políticos y de conflicto social. Pongo sobre la mesa la forma en que tramitamos nuestras emociones y las llevamos al escenario público, bien sea en una red social o en una discusión en entornos cercanos. La invitación de hoy también pasa por desinstalar el miedo al que estamos sobreexplotados. Como escribe Mauricio García-Villegas en su último libro *El País de las emociones tristes*: “En las emociones tristes el miedo es el motor de casi todo. Por miedo sobrevaloramos el mal del enemigo, y la venganza, afianzada en la sobredosis de maldad que le atribuimos al otro, es una manera de aplacar ese miedo”. Y esta conclusión nos lleva a pensar que si reemplazamos la justicia, uno de los grandes logros sociales, por la venganza, que es un rasgo de comunidad tribal, estamos ante un retroceso que nos conduce, una vez más, al fracaso.

Regresar, para unos, o continuar, para otros, en las aulas universitarias, ya de cara al posgrado, es también una tácita renuncia a los fanatismos. Porque las visiones sectarias pasan por la abolición de la razón para abrazar sin miramientos el dogma. Aquí, en estos pasillos y salones, prevalece el pensamiento crítico que cuestiona y que reivindica el valor de la duda. Es tiempo de dudar. Es tiempo de hacerse preguntas en voz alta y en compañía

- [17] -

para aventurarse a encontrar respuestas que les sorprendan. Nada es inamovible en el campo del conocimiento.

Estos son días en que cabe hacer otro llamado, al aprovechar la estancia en la universidad: ahora que estamos “empantallados”, como nos define el escritor mexicano Jorge Volpi, viendo el mundo a través de una constante transmisión vía Teams o YouTube o siguiendo el desenlace de todo en un teléfono móvil que llevamos siempre, es importante no sucumbir a la pereza intelectual. Detrás de la fantasía de la frase que señala que todo está a un clic de distancia, podemos ceder a la tentación del mínimo esfuerzo cognitivo. Que no sea más inteligente el teléfono que la mano que lo pulsa. Que no sea el algoritmo que nos encierra en una burbuja de mensajes con quienes piensan parecido lo que señale la ruta de las búsquedas y curiosidades del pensamiento. Que recordemos siempre: las mejores preguntas no pueden conformarse con las primeras respuestas.

Esta premisa nos lleva ahora a centrarnos en una palabra: estudiante. ¿Qué implica ser o volver a ser estudiante? Ser estudiante es una posición ante el mundo y cabe honrarla. Por eso el escenario de la universidad es uno de los lugares privilegiados para el pensamiento colectivo, y que el filósofo estadounidense Michael Sandel define así: un lugar donde deberían proponerse las grandes preguntas como, ¿qué falta para conseguir una sociedad justa?; ¿qué debemos hacer ante el aumento de la desigualdad?; ¿cuál debe ser el papel y el límite del mercado? Y ante esto, Sandel señala que: “Estas preguntas que indagan sobre los pilares de nuestra ética deben ser comunes a nuestras aulas, toda vez que apuntan directamente al que debiera ser el gran objetivo común de las instituciones y la ciudadanía: la búsqueda de la equidad social”.

Cuando era presidente, Alberto Lleras Camargo pronunció a finales de 1959 un discurso que tuvo como auditorio a quienes integraban la entonces llamada Sociedad Económica de Amigos del País. Se trata de un discurso muy particular, una meditación en voz alta, como él mismo la llamó, que no tenía una finalidad inmediata, sino que abordó diversos problemas del país y de la administración pública; de ese discurso conserva plena vigencia en particular una reflexión: “Por cada universidad que calla, por cada academia científica que guarda silencio, por cada sociedad, como esta, que abandona un problema público materia de su interés, un demagogo toma la palabra y se inviste de vicario del pueblo. Lo cual es grave, porque el gran conflicto colombiano, el primero en importancia, es que existen millones de compatriotas que no forman parte de la Nación y que deben incorporarse a ella de manera cabal, con derechos y obligaciones, como ciudadanos, como ciudadanos en un nivel humano común y razonable”. Por eso, valoramos que EAFIT, en compañía de otras cinco importantes universidades del país, promueva *Tenemos que hablar Colombia*, porque el diálogo ciudadano, del que ustedes, estudiantes, hacen parte, está llamado a incidir de manera calificada en formular un mejor futuro para el país.

Este debate que les proponemos hoy exige de nosotros, con especial énfasis, una capacidad de escucha atenta, sigilosa, cuidada y, especialmente, con quienes no estamos de acuerdo. No olvidemos que el debate razonado y respetuoso es la base del pensamiento colectivo. Y es que no hay un mejor escenario que las aulas de posgrado para que, desde las disciplinas y formaciones previas de ustedes como estudiantes, sumadas a una provocación por parte de maestros y mentores, asumamos las grandes conversaciones que necesitamos llevar a todos

los escenarios profesionales, las que nos ayudarán a promover ese pensamiento colectivo.

La universidad es y será el lugar de las ideas distintas y diversas, del respeto por las opiniones y posiciones contrarias, de la oportunidad de construir a partir de escuchar y de enriquecer con otros puntos de vista no contemplados antes lo que cada uno de nosotros considera. En suma, la universidad es el lugar donde el diálogo y la reflexión encuentran su espacio natural. Por eso, sin duda, estamos en un escenario para construir y fortalecer nuestra postura ética ante la vida.

Y esto guarda total coherencia con lo que señala la filósofa Martha Nussbaum al afirmar: "La educación humanística es el principal ingrediente para la salud democrática". No se puede pensar en educación sin ética, de la misma forma en que no se puede concebir el humanismo sin integridad.

Cuando la humanidad se encuentra ante amenazas como nuevas epidemias, proliferación de armas nucleares, degradación de la biósfera, aumento de guerras civiles, peligros de extinción de distintas especies, la vida se convierte en un valor primario. Afrontar este tramo histórico implica replanteamientos serios y profundos, que transitan por el humanismo planetario del que nos habla Morin, que se reconoce por encima de fronteras y legislaciones nacionales. Hablamos aquí de la supervivencia en un sentido mucho más amplio del que cualquiera de nosotros haya contemplado alguna vez.

Finalmente, esto nos obliga a cuidar y preservar el capital natural. Nuestra patria es la Tierra, como dice Morin: "La toma de consciencia de la comunidad de destino compartido debería ser el acontecimiento clave de nuestro siglo. Es, sin duda, el mensaje más fuerte de la crisis de dos mil veinte. Somos solidarios en este

planeta y de este planeta. Somos seres antropobiofísicos, hijos de la tierra. Es nuestra tierra-patria". Estas palabras pueden leerse en las últimas páginas de su libro *Cambiamos de vía*.

Y es un cambio de vía que pasa por observar lo que se hizo invisible ante nuestra mirada, pero innegable delante de las consecuencias. Pensemos que en la naturaleza no existe la basura, la basura es un constructo humano, no hay especie, salvo la nuestra, que produzca algo que no pueda ser degradado, absorbido y reutilizado por el planeta. Un árbol caído luego es abono para otros, un coral termina por ser casa de muchos peces, el cuerpo del antílope sin vida es alimento de tantos más, la evaporación forma nubes como ríos voladores en el Amazonas, y podría seguir con muchos otros ejemplos, pero me detengo en esto: el consumo consciente y responsable es una de las claves de la esperanza. Hoy la humanidad planetaria y la ética planetaria son urgencias más que conceptos.

En el siglo XX las propuestas radicales para cambiar el mundo a la medida del hombre revelaron el peligro de la búsqueda del confort individual. Esa sed de transformación desembocó en actitudes defensivas como el escepticismo ante las promesas de futuro o los fanatismos nacionalistas. En el naciente siglo XXI no faltan las reivindicaciones necesarias, como la lucha contra la discriminación de género, religión, etnia o identidad, ni las significativas señales de alarma de los ambientalistas. Aun así, el planeta parece haber perdido la confianza en el porvenir. Tenemos

frente a nosotros un reloj en cuenta regresiva que nos exige palabras y acciones llenas de sentido y consecuentes con el tiempo presente.

Vuelvo a los aprendizajes pandémicos, aun estando en medio de esta situación

- [20] -



- [21] -

por superar y que no es solo sanitaria sino social, económica y hasta espiritual, para señalar que la fragilidad humana tomó relevancia y notoriedad. Y justo esto, la impermanencia y la incertidumbre nos deben dotar de un sentido de responsabilidad con la existencia misma. Estamos en tránsito y no estamos solos.

La vacuna o las vacunas contra el covid-19 y el proceso de vacunación –con todas las advertencias que podamos tener en medio de las dificultades– es en principio un logro obtenido como resultado del conocimiento compartido, así como los llamados al cuidado y al autocuidado son procesos que nos invitan a propiciar un comportamiento colectivo. Estamos y somos porque los demás son y están. La Universidad que hoy está abriendo sus puertas a ustedes es un campus que se ofrece al trabajo en equipo, a la creación y cocreación desde la suma de talentos. La realidad de este tiempo nos reclama una postura: sumar fuerzas con un mismo propósito.

Consideremos esto: ustedes empiezan un nuevo ciclo académico en Medellín, pero estos saberes de los que se nutrirán y a los que ustedes aportarán, no conocen fronteras. Siempre estará delante la confirmación de su ciudadanía planetaria, no puede ser de otro modo.

Tenemos el desafío de ser coherentes con nuestras acciones, mantener un espíritu autocrítico y, en últimas, defender la alegría y la libertad para propiciar ese humanismo planetario, porque la humanidad es el lugar de todas las preguntas y de todas las respuestas.

Mientras nos acercamos a los últimos instantes de este encuentro, quisiera que les resonara la posibilidad de un nuevo desarrollo, donde la suma de los distintos capitales: el capital intelectual, el capital social, el capital humano, el capital natural, estén siempre presentes en la toma de sus decisiones.

Quedémonos también con esto: en tiempos convulsos el lenguaje es la primera herramienta para lograr el entendimiento; y la conversación, la mejor estrategia. Pensar es un verbo que se conjuga mejor en compañía porque no estamos solos. Y si un rasgo nos acerca es reconocer nuestra ciudadanía planetaria. Por eso una invitación final: pensemos con otros y construyamos entre todos.

Les deseo que disfruten plenamente este nuevo encuentro con el conocimiento que están iniciando, con la certeza de que es una oportunidad de aprender, desaprender, formular nuevas preguntas, reconocer otros enfoques y, al final del día, confirmar que la educación es una poderosa herramienta de transformación de lo que somos como personas, como sociedad y como humanidad.

Muchas gracias por permitirme participar con cada uno de ustedes de este momento tan especial, un momento que cultiva la esperanza, una palabra que se escribe mejor con la participación de muchas manos. Ese es el llamado y nuestro desafío.

¡Buenas noches para todos!



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN AGOSTO DE 2021
EN TRANSPARENCIA DÚO,
PARA LA EDITORIAL EAFIT